

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV

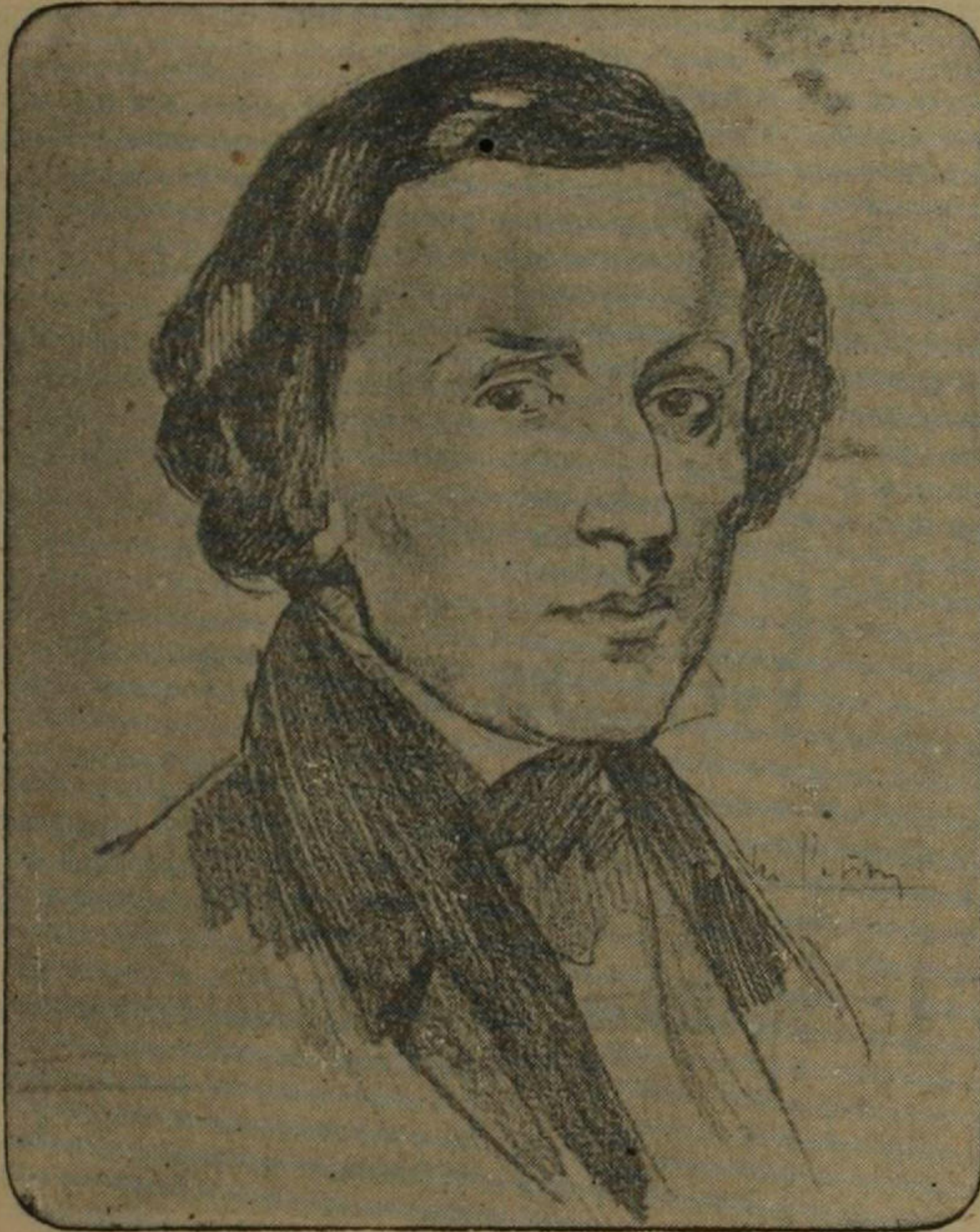
San José, Costa Rica

1949

Sábado 10 de Setiembre

No. 19

Año XXX — No. 1094



Federico Chopin

DOCE DIAS EN POLONIA

CHOPÍN en CHOPÍN

Por Juan MARINELLO

(En el Rep. Amer.)

Desde que se traspasa la frontera checa, viniendo del Este, se sienten dos presencias románticas, hermanadas en sus aniversarios, la de Pusckin y la de Chopin. En los escaparates de las librerías de Praga, como en los de Carlovy Vary, Varsovia, Cracovia y Catowice, hemos visto dominantes y unidas las estampas del poeta ruso y el músico polonés. La presencia de Pusckin tiene, desde luego, mayor volumen: la Unión Soviética ha inundado el Continente con litografías soberbias y ediciones impecables de su extraordinario cantor. Chopin está más visible, más presente, más vivo en su tierra, que lo ama con ternura maternal. Su centenario ha llegado en una ocasión singularísima: Polonia está todavía herida en lo más sensible y válido por la barbarie nazista, pero ya renace con ímpetu milagroso. Y en este instante recuerda al hijo alucinado y gemidor que mil veces confortó a sus hermanos en la varia y dilatada servidumbre.

Nuestro deseo de visitar la casa natal de Chopin fué generosamente satisfecho por el gobierno polaco. A los dos días de llegar a Varsovia, salíamos de la ciudad despedazada hacia

Jelazova Vola, el pueblecillo atildado donde nació el músico. El trayecto —hora y media en automóvil— sirve para comprobar el heroísmo con que los campesinos pobres, a través de la obra del gobierno de Bierut, están levantando la llanura aniquilada por la ocupación. A un lado y otro de la carretera, mares de trigo y conteno a distancia matizados por el amarillo estridente de la mostaza. Las casas pobres, techadas con yerbas, recuerdan un poco el bohío antillano. De trecho en trecho una mansión señorial, que es ahora escuela o granja colectiva. Nos desviamos por un camino sombreado y pronto nos detenemos ante una puerta ancha y limpia. Tiene una inscripción en lo alto: *Don Fryderyca Chopina*. Hemos llegado a la casa donde nació el músico nacional de Polonia.

La puerta da acceso a un parque de sorprendente belleza, famoso en Europa. Durante años, el gobierno de Varsovia ha extremado su celo porque la casa de su gran hijo aparezca rodeada de singular contorno. Los más notables arquitectos de jardines han pasado por aquí. Los colores de los árboles han sido sa-

biamente dosificados y contrastados. Las especies que pueblan los senderos han venido de todos los rincones de la tierra. Las flores son incontables y da un esplendor y perfume inusitados. La señora que nos muestra las mil maravillas, conoce la historia de cada planta rara y el origen y la edad. Ríe mucho ante un milagro que la ufana: un olmo enorme que, por un sabio injerto, está produciendo peras deliciosas. Es que hemos querido derrotar al refranero, apunta... Y detrás de kioscos y riacizos, aparece una modesta y fina estatua de Chopin. Nuestra sabia informante nos explica que desde antes de la guerra está señalado el lugar para el sepulcro extraordinario. Al final de una hermosa avenida de plantas vaporosas se descubre el espacio que espera. Pero ahora el Gobierno francés —de seguro que por razón política— se niega a entregar el cuerpo de Chopin que reposa en París. Sólo el corazón fué reivindicado a tiempo y se guarda en la Iglesia de la Santa Cruz, en lo más céntrico de la vieja Varsovia. Cuando la furia nazi decidió la destrucción total de la capital polaca, arrasó los alrededores de la Iglesia, la afectó duramente, pero quedó en pie la estatua de Jesús con la cruz a cuestas e indemne el corazón del músico. El pueblo sencillo, de profunda religiosidad aquí, ha visto en ello un milagroso designio.

Después del largo paseo por el parque excepcional, entramos en la casa natal de Chopin. Es una casa modesta, pero distinguida y confortable, la casa de un terrateniente cultivado del siglo dieciocho. A la entrada luce la cocina, acogedora y sobria. Después las salas pequeñas, tocadas de discreta intimidad. En las paredes, retratos del músico de muy vario valor plástico, en edades diversas; niño grácil, adolescente ansioso y artista famoso, ya tocado por la enfermedad mortal. Los techos son primorosos, de gruesas vigas floreadas en fondo oscuro. Los muebles son fieles a la época, pero no los auténticos, guardados en el Museo Nacional. En las esquinas, la estufa vertical de mosaicos blancos y brillantes, que añade un toque de austeridad funcional. Dos pianos dan ambiente y carácter. Uno es viejo, contemporáneo de la casa, de fino veteado y sin pedales; le vemos la firma: Ignaz Leicht, Breslau. El otro es moderno, pero de lindo relente arcaico: Fred Kuhlborns, Breslau también. La mascarilla del músico se destaca en una de las salas. Conserva mucho de la vida ilustre y angustiada: la frente desguarnida y vibrátil, la nariz sensual e insatisfecha, la boca apretada con orgullosa amargura. En la delicada arquitectura, en el ímpetu sediento y herido, esta cara a punto de disolverse recuerda mucho la de nuestro Rubén Martínez Villena.

Al fondo de las salas una fecha entre grandes drapeados rojos —22 de febrero de 1810— nos anuncia la alcoba natal. No es una alcoba en verdad: un estrechísimo recinto, límite amurallado de una cama de la época. Unas flores frescas dan cuenta de la devoción permanente. Al separar los ojos del lugar venerado, nos sorprende la mano del músico posada sua-